

49B150
+ 15-01-2001

PROCURA DE MISIONES SALESIANAS
“SAN FRANCISCO JAVIER”
Ferraz 81. 28008 Madrid

E138(11/01)



Queridos hermanos:

Con dolor y esperanza os comunicamos la muerte inesperada de nuestro hermano

G/
D. JESÚS JIMÉNEZ SÁNCHEZ
Procurador de las Misiones Salesianas de Madrid

acaecida en el Hospital de la Beata María Ana de Jesús, de Madrid, el día 15 de Enero de 2001

“Anunciad a todos los pueblos las obras del Señor”

La vida de D. Jesús está marcada por su vocación misionera en la India. Sale de su Inspectoría, Barcelona, en 1950, después del Noviciado, y regresa, expulsado por el Gobierno Indio, en 1996. Sólo cuatro años después, muere en la Procura de Misiones Salesianas, alargando su ideal y servicio misionero hasta el último momento de su existencia. En la India hace su profesión perpetua y es ordenado sacerdote; en la India, amasadas en una sola realidad, transcurren su vida y su vocación salesiana; en la India ama y es amado. La India fue el gran regalo de Dios a D. Jesús, el P. Jim, como le conocen allí todos; y el P. Jim fue un regalo de Dios a la India.

A la India entregó el P. Jim los años de su juventud y de su madurez, su ilusión y trabajo, el sentido de su vida y su amistad, su fe en Cristo y su amor a María, y, al final de su estancia, el silencio humilde y la filial aceptación de la voluntad de Dios, que le pedía el último desprendimiento, la última cruz. Salió de la India con un bagaje corto y pobre y con un recuerdo largo y rico de rostros y trabajos, de hombres y mujeres que le seguirán llamando amigo, de niños y jóvenes para los que siempre será padre.

El P. Jim pertenece a un grupo egregio de Salesianos, con nombre propio, que han llenado, con su celo y su palabra, la vida y el desarrollo de la Congregación Salesiana en esa nación inmensa, por su extensión y sus habitantes. Han legado a las nueve Inspectorías de la India actual un patrimonio asombroso, muchas veces heroico, que pervive en el recuerdo y es, para la India y para toda la Congregación, testimonio fehaciente de amor a Cristo, de entrega a las gentes, sobre todo a los más necesitados, de amistad paternal y fraternal para los Salesianos nuevos de la Congregación creciente, de realismo humilde a la hora de ceder el paso a las nuevas generaciones, nacidas de su amor a Don Bosco y a la Congregación.

El P. Jim, iluminado por figuras señeras, eligió, decidido, la India, en plena juventud, como lugar de trabajo en la Iglesia y en el mundo: “Un día, escribe en *Juventud Misionera*, pidieron voluntarios para ir a misiones. No lo pensé dos veces y me ofrecí para ir a la India. Estaba ilusionado por seguir las huellas de D. José Luis Carreño y D. Mariano Huguet..., me alentaba, sobre todo, saber que había allí multitudes de hombres y mujeres, hambrientas de pan y de Cristo, gentes a las que yo quería llevar la alegría, que únicamente puede venir del Evangelio”.

(Antes de continuar, es de justicia agradecer a la revista Juventud Misionera los detalles que nos ha conservado de la vida escondida del P. Jim. Treinta y tres veces escribe a la revista. Cuenta en ella ilusiones y problemas, preocupaciones y actividades, al tiempo que se vislumbran también, difusamente, secretos de su vida. Por una parte, el P. Jim ha sido para niños y adolescentes uno de los más activos animadores misioneros de estos últimos 50 años. Por otra, la figura del P. Jim, sin Juventud Misionera, habría quedado reducida a líneas puramente esquemáticas. Ella nos servirá, pues, de guía para conocer mejor algunos aspectos de su vida salesiana y misionera).

Esa decisión vocacional, primera y juvenil, la ratifica en Shillong (Mawlai), ya en su madurez, al recibir en 1959 el Sacramento del Orden de manos de Mons. Esteban Ferrando. El itinerario recorrido a lo largo de su vida por el P. Jim nos descubre, al alba de su camino sacerdotal, la autenticidad de los deseos expresados en la sencilla estampa-recuerdo de su ordenación. Sobre un fondo verde indefinible, enmarcado con un remate sepia, amarillento de 40 años, se puede contemplar, al amparo del anagrama de Cristo, la paloma de la paz con una rama de olivo, y el lema bíblico: “Qué hermosos son los pies del mensajero que anuncia la paz”. En el reverso, encima de la fecha de su ordenación, el P. Jim, siguiendo la tradición de los sacerdotes nuevos, revela con un texto de Isaías sus proyectos e inquietudes: “Anunciad a todos los pueblos las obras del Señor”. ¡Ni siquiera él llegó a intuir la proyección, que este lema profético había de tener en el largo recorrido de su camino sacerdotal!

Entra el P. Jim en la India, cuando todavía persiste la vigorosa influencia de Gandhi, el Mahatma que con su teoría de la no violencia alcanza la paz y logra la independencia de la India ante un imperio que se descompone y desaparece. Llega, cuando la esperanza de un desarrollo ascendente de la Congregación Salesiana verdea ya intensamente, anunciando realidades providenciales que hoy contemplamos con estupor y agradoceimiento a Dios. En 1950 había unos 270 Salesianos en 4 Inspectorías; medio siglo después, el número de Salesianos se multiplica hasta sobrepasar los 2000 y son 9 las Inspectorías. Ha compartido, pues, el P. Jim, con intensidad, 46 años de desarrollo humano y salesiano extraordinario; se ha visto inmerso por la providencia de Dios en años de gracia y crecimiento, que colman, por una parte, sus proyectos y anhelos, “el sueño de mi vida misionera empezó a realizarse, cuando me llamaron para hacerme cargo de la evangelización de los santales”, y le llenan, por otra, de gozoso reconocimiento, al final del

trayecto recorrido, “en ningún momento de mis 37 años de misionero en la India he tenido la más leve duda, he sido siempre feliz”. Contemporáneo de la Madre Teresa de Calcuta, compartió con ella, desde carismas distintos, las mismas preocupaciones por la dignidad del hombre y la mujer. Ambos lo confirmaron llevando a los pobres la luz y el amor de Dios y viviendo con ellos la pobreza y el calor del Evangelio. El estímulo de una santa y la llamada de sus propias Constituciones impulsaron fuertemente al P. Jim a ser signo y portador del amor de Dios a los hombres y a vivir la paternidad, sobre todo con tantos niños como se acercaron a él en su ruta vocacional. “Tienes un padre en el cielo, que te ama y te ha traído a mi casa, y me tienes a mí para ser tu padre en esta tierra”, escribía el P. Jim en *Juventud Misionera*, recordando a Lal Chand, de doce años, negro, flacucho, lloroso, que se había presentado, inopinadamente, ante él con argumentos convincentes, “tengo hambre, no tengo padres”. Era una fijación del P. Jim, él era el padre de Lal Chand, él tenía que ser padre de los numerosos niños que lo rodearon en su trayectoria india. En la muerte de la Madre Teresa, el 5 de Septiembre de 1997, recordará su larga visita, evocará el diálogo íntimo habido con ella, escribirá, iluminado todavía por el calor de su testimonio, y se dejará llevar de la añoranza de aquel encuentro alentador con una santa: “Un día la veréis en los altares, yo la he conocido y vivido con ella; vino a la misión de Purnea. Estuvo con nosotros tres intensos días. Recé a su lado, recé con ella. ¿Qué vi en su rostro? Unos ojos brillantes, claros y alegres, una cara arrugada con una sonrisa permanente, unas manos deformadas, cruzadas en oración... y unos pies rotos por el cansancio de los muchos caminos, recorridos a través del mundo entero, llevando a los hombres un sencillo mensaje: “Dios es amor, Jesús es el amor de Dios para todos los hombres, amaos, como Él nos amó”.

La India, sus gentes, sus pobres, sus hermanos Salesianos fueron sin duda para el P. Jim un regalo de Dios. Se enamoró de la India, salió de allí, obligado por las injusticias humanas, con el corazón traspasado de una amargura esperanzada, pero nunca jamás se olvidó de la India, de la India suya, de Azimganj, Polsonda-More, Purnea, al norte de Calcuta, donde viven y le recuerdan sus amigos de 46 años. Y hacia la India volvió todos los días sus ojos y su oración. Y hacia el P. Jim, el día de su muerte, han vuelto sus ojos y su recuerdo, hecho oración, los cientos de amigos, hombres y mujeres, que bendicen su trabajo apostólico y su aliento humano. En la Catedral de Purnea, presidida por el

Obispo y concelebrada por numerosos sacerdotes, se celebró una Eucaristía, a la que asistieron cientos, miles, de personas: bailes, cestos de arroz, flores, romances cantando su figura, fotos de grupos de jóvenes y niños, ante el cuadro del P. Jim, pintado por un amigo suyo y rodeado de guirnaldas de flores... y la comida en común, siguiendo las costumbres de los *santales*, en la que participaron cerca de 2000 personas. Este mismo recuerdo ha brotado también de las docenas de capillas e iglesias, que construyó en los tres centros de misión. Desde ellas, juntamente con la alabanza de Dios, se ha elevado hasta el cielo la oración agradecida por el que fue apóstol y padre de todos ellos.

“No seré yo quien me oponga a la voluntad de Dios”

D. Jesús, el que sería gran promotor de la Iglesia y predicador del Evangelio, nació, ironías de la Providencia, el 4 de Diciembre de 1931, cinco días antes de ser aprobada la Constitución de la Segunda República, anticatólica y persecutoria, con la secuela conocida de violencias y quema de conventos.

Sus padres, Justo y Jerónima, tuvieron cuatro hijos, Miguel, Pablo, José y Jesús, y una niña, María Ángeles, que falleció muy pronto. Son originarios todos de Layana (Zaragoza), un pueblecito de la comarca de las Cinco Villas, que hoy tiene 150 habitantes, pero que fue importante en su tiempo, con existencia documentada desde el siglo XII. Dominando el pueblo, todavía se levanta el torreón impresionante de un antiguo castillo, a la vera de la vetusta iglesia, románica, del siglo XIII, abovedada y de cañón apuntado. Fuerte y recia, como la tierra donde se asienta. Allí recibió D. Jesús las aguas del Bautismo y la primera comunión.

Estudia las primeras letras en Layana, y, pronto, sin explicación conocida, manifiesta el deseo de ser sacerdote y misionero. Las limitadas posibilidades familiares le cierran el camino del Seminario diocesano, pero, siguiendo la trayectoria de su hermano José, lo encontramos pronto en el Colegio Salesiano de Pamplona. Al lado de los Salesianos, su camino se orienta sin vacilaciones hacia una vocación misionera. Primero lo reciben en el Tibidabo, posteriormente pasa al Aspirantado de Sant Vicenç dels Horts, para terminar su preparación inmediata en el Noviciado de Martí Codolar. El día 16 de Agosto de 1949 hace su primera profesión en la Congregación Salesiana, y se entrega definitivamente al Señor con la profesión perpetua el 1 de Junio de 1954 en Sonada (India).

Después del Noviciado empieza, sin más dilaciones, su peripecia misionera, pero antes, por ser menor de edad, tiene que pedir permiso a su madre, después de haber fallecido inesperadamente su padre unos meses antes. “Bien sabes, contesta su madre, cuánto he sufrido por la muerte de tu padre y cuánto me va a costar separarme de ti, pero no seré yo quien me oponga a la voluntad de Dios en tu vida”. No fue una decisión fácil para la buena y recia mujer que era Jerónima. Acompañará a Jesús toda la vida con sus lágrimas y oraciones, y tendrá la alegría inmensa de asistir, once años después de salir de Barcelona, a la primera misa que celebró D. Jesús en Layana con todo el pueblo engalanado de fiesta.

El 17 de Marzo de 1950 llega a Goa, la misma ciudad por la que San Francisco Javier entrara en la India, y escenario también de las actividades misioneras de D. José Luis Carreño. En esta ciudad se dedica intensamente al estudio del inglés, italiano y portugués. Sigue los estudios eclesiásticos de filosofía, ya en Sonada, en la Inspectoría de Calcuta, y hace el trienio práctico en el Colegio de Krishnagar. Allí aprende el bengalí, uno de los 15 idiomas importantes que se hablan en la India. Más tarde estudiaría y dominaría otros idiomas, sobre todo la lengua de los *santales*, con los que viviría casi 30 años. Los estudios de teología, de 1954 a 1959, los cursa en Shillong y es ordenado sacerdote, como hemos indicado, el 28 de Junio de 1959.

Todavía le quedan 8 años de espera para llegar a la avanzadilla de las misiones. Antes, de 1959 a 1965, fue administrador en Bandel, cerca de Calcuta, con un Santuario dedicado a Nuestra Señora del Buen Viaje. Despues, los dos años siguientes, de 1965 a 1967, es el Director de la comunidad de la Catedral de Calcuta y de una tipografía, la Catholic Orphan Press. Tiene ya 36 años.

“El sueño de mi vida y de mi vocación”

Así escribe con satisfacción en *Juventud Misionera* el P. Jim. El sueño de su vida y de su vocación misionera comenzaron a hacerse realidad gozosa, cuando, en Junio de 1967, el Inspector, P. Rosario Stroscio, le encomienda la misión y la parroquia de Azimganj, en el estado de Bengala. Desde su lejano Noviciado, ha estado esperando 17 años. A partir de ese momento, se van sucediendo, una tras otra, las tres estaciones misioneras de su vida. La primera, como hemos dicho, en Azimganj; allí vive, entre los *santales*, 8 años, desde 1967 a 1975; a continuación, debido a un rápido crecimiento, se

desgaja otro territorio, otra misión, Polsonda-More, en ella trabaja 6 años, de 1975 a 1981; y, por fin, en una nueva y necesaria división, empieza su tercera misión, esta vez en Purnea-Katihar, donde realiza sus afanes misioneros durante 15 años, de 1981 a 1996. Dividirse, para crecer; deshacerse, para comenzar una vida nueva. No es fácil; tampoco lo fue para el P. Jim.

AZIMGANJ

La verdad es que el P. Jim encontró en Azimganj un campo prometedor inmenso, pero especialmente difícil. Faltaba de todo. Sólo tenía futuro. Su parroquia se asentaba sobre 4.000 kilómetros cuadrados y la población superaba los dos millones de habitantes. Comienza, sin embargo, esta primera experiencia misionera con el ímpetu de su madura juventud. Él mismo habla de 40.000 *santales*, que, empujados por vecinos más poderosos, viven en la miseria, mientras se dejan influir por muchas supersticiones. Tiene que visitar cuarenta pueblos, donde hay grupos aislados de cristianos, alimentar y educar a muchachos de su centro misionero, atender a familias de refugiados, preparar catequistas, construir capillas. Y una faceta más, a la que alude, sin darle mayor importancia: "como eran muchos los *santales* que habitaban en chozas sin agua potable, tuvimos que construir unas casitas para que vivieran con dignidad". Empieza por alumbrar un pozo, les orienta en la fabricación de adobes, les proporciona varales de bambú y tejas... y, en el tiempo record de tres años, los *santales* tenían una casita que les hacía ricos y les devolvía la dignidad. Sólo vivieron en ellas tres años, los monzones arrasaron todo y tuvieron que empezar de nuevo. No se lamenta inútilmente el P. Jim y, con la colaboración de todo el pueblo, al cabo de un año, milagros de la experiencia, habían edificado de nuevo sus casitas... esta vez más fuertes para poder resistir monzones y lluvias tropicales.

En medio de tantas dificultades y trabajos, tiene fuerza y ánimo para repetirse insistenteamente a sí mismo: "La pobreza no me desanima, sé que hay una providencia". Y en busca de esa fortaleza y confianza en Dios, para no desmayar en un camino difícil e imprevisible, acude a un Convento de Carmelitas Descalzas, pidiendo la fuerza de la oración; la Madre Superiora ruega a Sor Ana de San José, la conocida Thelma, hija de una familia amiga, que acompañe al P. Jim en los trabajos de su misión y sea misionera con él. La buena carmelita asume generosamente su nueva fraternidad: "Desde hoy, le dice, será Vd. mi hermano sacerdote por el que voy a ofrecer todos los días mis oraciones y sacrificios". El P. Jim no lo olvidará nunca y lo expresará con reconocimiento en sus escritos a *Juventud Misionera*: "desde aquel día fueron más fáciles todos mis

trabajos”. ¡La eficacia de la oración y la fuerza de la fe, que le hacen tocar con las manos la cercanía de Dios y su Providencia!: “He constatado a mi lado, a partir de ese día, tantos milagros y tanto amor de Dios, que no los puedo llevar en cuenta y los considero como la cosa más natural del mundo”.

POLSONDA-MORE

En 1975, la misión de Azimganj se tiene que dividir. El P. Jim no puede llegar a todo: muchos kilómetros, muchos pueblos y muchos cristianos nuevos. Nace otra misión, otra parroquia, Polsonda-More. Al P. Jim le encomiendan esta nueva responsabilidad. Polsonda-More es una nueva edición de Azimganj, es volver a empezar. Los duros años de la primera misión han dado al P. Jim una serenidad y una madurez, que le han sido imprescindibles en los comienzos de esta nueva parroquia-misión. Semana a semana, llega con su aliento y su palabra a los pueblos nuevos, pero nadie le evita las dificultades de siempre, llevadas con aceptación evangélica: “no hay en mi habitación ni cama ni mesa ni siquiera una silla, pero hay mucho amor”. Nada lo desanima.

Polsonda-More, un poblado diminuto, era ya bien conocido del P. Jim. Allí había bautizado a una niña, Fátima, que, en brazos de su madre, pagana, estaba agonizando. “Mira, dice a la madre, voy a lavar la cabeza de la niña con agua bendita, y, si Dios quiere, se curará y será una buena niña para ti, y, si muere, irá al cielo y rezará por ti y por el poblado”. Al volver, semanas más tarde, a Polsonda-More, se le acercó la madre para decirle: “Mi hija ha muerto, pero nosotros queremos hacernos cristianos”. Nadie les había hablado de cristianismo ni de conversión. Fátima había rezado en el cielo por sus padres; y a Fátima encomendó el P. Jim, desde entonces, que hiciese algo por aquel poblado, que era el suyo. Fátima escuchó su oración. Allí, precisamente, comenzó la nueva misión y allí construyó con el tiempo el P. Jim una iglesia preciosa, dedicada naturalmente a la Virgen de Fátima. Allí surgieron, después, internados para niños y niñas, residencia para Salesianos y Hermanas de la Caridad, y unas escuelas nuevas para los niños que no dejaban de llegar. Polsonda-More fue el centro de referencia para evangelizar a tantos pueblos y pueblecitos, y para construir escuelas, que llevaron a los *santales* dignidad y formación. Pero las iniciativas del P. Jim, y de los Salesianos que colaboraban con él en la misma misión, no se agotaron con estas actividades. Una relación suya enumera, uno tras otro, numerosos proyectos, que hoy asombran: creación de un banco de arroz, depósitos para la redención de deudas, pozos de agua potable para los pueblos, proyectos de regadío, construcción de casitas para los más necesitados,

alfabetización de adultos, construcción de dispensarios y clínicas. Hay algo, sin embargo, que da luz y vigor a esta actividad frenética. Junto a la preocupación por el desarrollo, aparece, insistente, el Salesiano misionero, que da sentido evangélico a tanto afán agotador: “tengo una preocupación constante, hacer tangible a los pobres el amor de Cristo, llevar a los *santales* la alegría de saberse hijos de Dios”.

Fueron los de Polsonda-More, 6 años de plenitud y entrega generosa, vividos a tope en la urgencia de servir a los marginados y atender a los niños y jóvenes de aquellas docenas de poblados.

PURNEA-KATIHKAR

Una nueva estación misionera llamaba a las puertas del P. Jim en Purnea-Katihar, del distrito de Bihar. El Obispo de la Diócesis de Dumka, Mons. Telesforo Toppo, confiaba a los Salesianos, el 31 de Mayo de 1981, la nueva misión con dos objetivos muy precisos: establecer la Iglesia en ese territorio y ayudar a los *adivasi*, los intocables, los pertenecientes a la casta más baja del rango hindú, ofreciéndoles la posibilidad de salir del analfabetismo y de comenzar la enseñanza primaria.

La aceptación inmediata de la nueva misión no eximió al P. Jim del dolor de la separación de tantos amigos, obras y recuerdos de Polsonda-More. Por otra parte, los 50 años cumplidos habían disminuido su capacidad de adaptación. Fue duro aquel mes de Mayo de 1981: “la obediencia, escribe, me pide abandonar la misión de Polsonda-More, que había levantado ladrillo a ladrillo, y recorrido palmo a palmo, con sudores y sufrimientos, con alegrías y satisfacciones; por tercera vez, tengo que ir a lo desconocido”. El P. Jim, sin embargo, se recupera pronto y es capaz de escribir el mismo día 31 de Mayo: “Ya estoy en mi nueva tierra prometida, con más entusiasmo, si cabe, con nuevos planes, que parecen castillos en el aire, con la confianza puesta, entera y únicamente, en Dios y en la Virgen”.

Purnea se encuentra al norte de Bihar, entre el río Ganges y Nepal. Allí encuentra el P. Jim los mismos problemas, ya dolorosamente conocidos: pobreza y abandono, dificultad, casi imposibilidad, de educar a los niños y ayudar al sencillo pueblo indio. Otra vez, vuelve a hablar de los milagros de la Providencia, y, una vez más, se pone manos a la obra. Surgen nuevas construcciones, también para las niñas, con el poético nombre de *shanti niloy*, mansiones de paz; se hacen necesarias, con urgencia, las visitas a los poblados

para llevarles la palabra de Dios; y tiene que superar las dificultades conocidas, los barrizales de los monzones en la estación de las lluvias o el sofoco de la polvareda asfixiante en las sequías; el accidente que le postra tres días en el hospital o la avería inoportuna de su decrepita motocicleta que le deja clavado en los baches abundantes del camino.

Y, otra vez, en medio del trabajo agotador, los niños, la necesidad urgente de manifestar a los niños de Purnea la paternidad de Dios a través de la suya propia: “Recuerdo, escribe con añoranza, a aquella madre, que me dio a su hijo: “Tómalo, es tuyo, yo no lo puedo criar”. También a aquel niño, nacido en un rincón de la capilla, acompañado por mamás solicitas que hacían de mamparas recatadas, en el frío de la media noche, mientras yo cantaba el Gloria a Dios en la misa de Navidad. Sus padres eran catecúmenos y habían caminado 16 kilómetros para asistir a la Eucaristía; los bauticé, evidentemente, con los nombres de José, María y Jesús... Recuerdo a Gopal Sing, un niño que recogí de un basurero público...a Carmela Tuddu, una niña destinada a guardar cabras, a ser esclava toda su vida... a Tursi Kisku, la niña acogida con su madre tuberculosa... a Lal Chand, que llevaba tres días sin comer... a una infinidad de niñas y niños, que necesitaban de ayuda urgente y sobre todo de amor para sus pequeñas vidas...”

Un aspecto de su actividad apostólica, ya patente en Azimganj y en Polsonda-More, se hace manifiesto, también, en Purnea: la construcción de capillas para celebrar las sencillas liturgias en los poblados. Entre las pocas cosas, que saca de la India el día de su expulsión, hemos encontrado un papel, un solo papel, con el proyecto de una sala-capilla para los poblados de Purnea, que es testigo mudo y explícito de sus afanes apostólicos en esta última etapa de su vida misionera. Hay en él un dibujo esquemático de la planta de una capilla, de 10m. por 4m., de 60.000 rupias de presupuesto. Este proyecto se tenía que hacer realidad en todos los poblados, Bahalia, Parmampur, Dansar... y así hasta 22. Escribe en el folio la razón de estas construcciones: las pequeñas comunidades cristianas están esparcidas en numerosos pueblos en una extensión de 11.000 kilómetros cuadrados y es muy difícil llegar a ellos, especialmente en los meses de lluvias, de Junio a Septiembre. La construcción es al mismo tiempo capilla y escuela, recordando el programa y las intuiciones de D. Bosco: “preparar buenos cristianos y honrados ciudadanos”. Y para terminar, después de una firma ilegible, a pie de página, se anima a sí mismo escribiendo: “Sonríe, Dios te ama”. Purnea se llenó de capillas y de alabanza de Dios.

Su actividad desbordante se encamina en Purnea, desde el primer momento, siguiendo las orientaciones del Obispo, al establecimiento de la Iglesia en aquellos territorios. Ya no es levantar ni desarrollar una misión encomendada a los Salesianos, es preparar el terreno para constituir una nueva circunscripción eclesiástica y entregar a la Iglesia una diócesis con terrenos, templos, capillas, cristianos, actividades; es allanar el camino a un nuevo Obispo, que no necesariamente tiene que ser salesiano; es poner en marcha la construcción, no ya de una capillita, de muchas capillitas, de 10m. por 4m., sino de una amplia y preciosa catedral. Tuvo que superar reticencias, pero se encontró apoyado por el Consejo General, que dio el visto bueno a sus previsiones. Lo corrobora así el P. Alencherry: "De Junio de 1981 a Agosto de 1996, escribe, (el P. Jim) desarrolló un trabajo ingente en Purnea-Katihar, de la Diócesis de Dumka, catequizando al pueblo, creando parroquias, construyendo casas parroquiales, iglesias, capillas, internados, y escuelas, esto es trabajando para crear una nueva diócesis en Purnea-Katihar. No ahorró energías ni gastos para hacer realidad este sueño." El 8 de Noviembre de 1998, después de ser expulsado, el objetivo estaba cumplido.

Constantes salesianas

En el ocaso de su estancia en la India, es oportuno señalar ciertas constantes de su actividad apostólica: la perseverancia en su misión salesiana a favor de los niños y jóvenes y del pueblo sencillo, también en pro de las niñas, cuando llegó el momento; su vida pobre y su entrega a los pobres; la aceptación pronta de la voluntad de Dios, en el primer "sí" gozoso de su vocación misionera, y, sobre todo, en los giros bruscos y violentos, a veces, de la vida; la facilidad de encontrar a Dios en los niños y los pobres, en las circunstancias, fáciles y difíciles, de la vida; la alegría y el agradecimiento a Dios por el bien realizado; la sencilla aptitud para el encuentro con los hombres, también hindúes o musulmanes, que, en ocasiones numerosas, sostuvieron su trabajo apostólico, no sólo con su aliento, sino también con limosnas sustanciosas.

D. Luciano Odorico reflejaba estas constantes con nitidez en la homilía de su funeral: D. Jesús hizo realidad en su vida los deseos de aquel misionero, que pedía trabajar donde estuvieran los más pobres entre los pobres; acudir a donde la necesidad fuese mayor, donde no hubiese salesianos; volver a empezar, cuando la misión lo exigiese. Las reconocía también el P. Inspector de Calcuta, D. Francis Alencherry, cuando escribía a los hermanos de su Inspectoría,

notificándoles su deceso: “El P. Jim está muy unido a la historia reciente de nuestra Inspectoría y nosotros tenemos con él una deuda de gratitud por el trabajo pionero que hizo en Azimganj, Polsonda-More y Purnea”.

El P. Jim manifestó en su persona las condiciones imprescindibles para anunciar el Evangelio, que le hicieron creíble ante hombres y mujeres, ante niños y jóvenes: una profunda espiritualidad misionera, arraigada en Cristo, con una constante mirada de súplica a la Madre, a María; y una actitud permanente de compasión, desprendimiento, renuncia y solidaridad para con los hombres y mujeres, sobre todo con los marginados.

Y, por encima de todo, el amor, que le lleva a afirmar rotundamente al final de su estancia en la India: “He amado mucho a los *santales* y no me arrepiento de haberles entregado mi vida”.

“Fíate de Dios”

Pero el final de su estancia en Purnea no fue feliz, “es una lástima, escribe el P. Alencherry, que se haya visto obligado a salir de la India antes de la inauguración de la nueva diócesis”. Una disposición del Ministerio del Interior, fechada el 4 de Abril de 1996, le ordenó abandonar el país antes del 3 de Mayo. Se le concedió una prórroga hasta Noviembre, pero, cuando el P. Jim constató, que no se podría conseguir la revocación de la orden, porque el informe del CBI (Servicio de inteligencia) era muy negativo, decidió salir de la India, antes de expirationar la prórroga. El 16 de Agosto abandonaba Purnea. Despedida amarga, adiós sin retorno. Otra vez, en esta ocasión “a pie de vida”, tenía que haber escrito: “Sonríe, Dios te ama”. Pero ¡qué difícil la sonrisa! Así lo entendió D. José María Zubizarreta, compañero, amigo y, también él, misionero en la India, al intuir los sentimientos profundos, que tuvieron que embargar el ánimo del P. Jim en su vuelta a casa: “Os aseguro por experiencia, escribía en su emotiva carta de pésame, que el destierro fulminante e ingrato de las misiones, donde dejamos jirones de nuestra vida, desgarra el alma, y embrorracha de dolor la mente, dejándonos aturdidos y perdidos ante un mundo nuevo y desconocido, sin dejarnos ya tiempo de comenzar de nuevo. Pienso a veces, que es, entonces, llegada la hora de ponerse en la fila de los trabajadores de la viña y esperar del generoso Dueño el jornal de su cielo. ¿Podría esto reflejar a Jesús y a otros viejos misioneros? Pero el “Sursum corda” es la inyección del momento y el “Fíate de Dios y no discurras”, remanso de paz y serenidad”.

“Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz”

Después de una breve estancia en la Casa Generalicia de Roma, D. Jesús Jiménez llegó el 6 de Septiembre de 1996 a esta Comunidad de la Procura de Misiones de Madrid, con el cargo de Procurador. Desde esta responsabilidad, ha seguido en la brecha, entregando los últimos cuatro años de su vida, ya algo quebrantada, a las misiones, con cierta preferencia, evidentemente legítima, por sus amigos de Azamganj, Polsonda- More y Purnea, como ellos mismos por otra parte reconocen.

Dos años más tarde, el 8 de Noviembre de 1998, empezaba su andadura la nueva diócesis de Purnea-Katihar, desmenbrada de Dumka, era consagrado el primer Obispo, Mons. Vicent Barwa, y se inauguraba la nueva catedral, manifestación última de los desvelos y trabajos del P. Jim en la India. Era necesaria esta nueva diócesis. Lo pedían las gratas perspectivas de evangelización de los *santales*, a la que tanto había contribuido el P. Jim, la gran extensión de la diócesis madre y la posibilidad de visitar más fácil y asiduamente las aldeas de la nueva diócesis. Contra todas las previsiones, pudo el P. Jim volver a la India, invitado por el Inspector de Calcuta, y participar en tan fausto acontecimiento. La nueva diócesis tiene 11.000 kilómetros cuadrados y más de seis millones de habitantes; los católicos sólo llegan a 16.115, un humilde 0.26% de la población. Pero los 95 sacerdotes, religiosos y religiosas, y los 123 catequistas de la naciente demarcación son la esperanza tangible de un florecimiento hermoso y de una progresiva evangelización. El último sueño del P. Jim se había realizado: nueva diócesis, nuevo obispo, nueva catedral.

En el silencio de su corazón, durante la consagración del nuevo Obispo y de la catedral, el P. Jim recordó, sin duda alguna, su larga estancia de 46 años en los territorios queridos de Azimganj, Polsonda-More y Purnea; entonó al Dios de la vida y de la gracia un canto de alabanza por la vocación y los dones recibidos; y aceptó los secretos designios del Señor realizados en él, “si la espiga no muere, no da fruto”.

D. Jesús regresó feliz. Reservado, como siempre, a nadie comunicó el último sentimiento, su oración postrera, después del reencuentro con su gente india: “Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz”. Al final, se verificó necesariamente en D. Jesús la condición primera de los precursores de Cristo de todos los tiempos: “Es necesario que El crezca y yo mengüe”. Al final, la

inmensa satisfacción de repetir con todos los apóstoles que en la Iglesia han sido: “Sólo Dios”.

“Con el P. Jim, la Iglesia creció”

Es hora de recordar algunos juicios de hermanos de las Inspectorías indias, que vivieron y trabajaron con él, y nos han hecho llegar sus sentimientos y su gratitud para el P.Jim.

“El P. Jim, como lo conocíamos, escribe el P. Thomas Malayinkal, Inspector de Dimapur, tuvo mucho que ver en mi formación como aspirante en Bandel (Calcuta), Fue mi prefecto de estudios de 1960 a 1963. Guardo gratos recuerdos de él. Verdaderamente nos amaba y nos mantenía ocupados y felices. En aquellos tiempos, en que difícilmente podíamos tener una película, nos mantenía entretenidos, durante las vacaciones de los calurosos veranos, con la narración de largas e interesantes historietas o con la proyección de algunas filminas. Años después, como misionero en Azimganj, él era nuestro modelo de jóvenes clérigos...” Añade, también, el P. Philip Barjo, Obispo de Guwahati: “Fue el gran pionero de las misiones entre los *santales* de Bengala y Bihar. Tenemos con él una deuda enorme de gratitud por su entrega y espíritu misionero. Grande será su premio en el cielo”.

Otro juicio de admiración y agradecimiento lo expresa el P. John Berger, Vicario Inspectorial de Calcuta: ”Que el buen Dios recompense su generosidad y sacrificios. Conocí al P. Jim, cuando yo era niño. Él me enseñó a hablar el bengalí. Más tarde lo admiraríamos todos como el gran misionero de los *santales*. Era hombre de visión acertada y gran capacidad de organización. Siempre generoso, respetuoso y amable. Lo quería y me llenaba de asombro. ¡Que el buen Dios le conceda el descanso eterno!”. Igualmente nos alienta en su carta el P. Cyriac Manianchira, que sucedió a D. Jesús en la Parroquia de Purnea: “Ha sido una pérdida grande para la Iglesia, la Congregación y también para nosotros, los que hemos trabajado codo a codo con él. Ya habrá recibido el premio del Señor. Él cuidará ahora de nosotros desde el cielo, como lo hizo, cuando estaba en la tierra...¡Que él nos bendiga y proteja!”

Nos reconfortan, por fin, las palabras y el juicio de Mons. Thomas Menampampil, Arzobispo de Guwahati (Assam): “Conocía al P. Jim desde 1951. Era un hombre joven y lleno de energía. Hice mi trienio con él, que era entonces el Consejero de estudios. Trabajamos muy unidos. El P. Jim, con su

apostolado entre los *santales*, imprimió una nueva dirección y apertura a la Inspectoría de Calcuta. Con él la Iglesia creció. Echaremos en falta, profundamente, su ausencia”.

Juicios y atenciones de nuestros hermanos de la India, sobre todo de su Inspectoría de Calcuta, que nos reconfirman por un lado y confirmar al mismo tiempo nuestra opinión. A ellos les hacemos llegar nuestra gratitud por compartir nuestros sentimientos y darnos aliento y esperanza en estas tristes circunstancias.

“No me sueltes. Apriétame la mano”

D. Jesús se había acercado a Zaragoza, después de Navidad, para descansar unos días con su familia, especialmente con su hermano José. Antes y después del viaje, se había lamentado con algún hermano de la comunidad, que no se encontraba muy bien. Regresó el 2 de Enero a fin de prepararse a una sencilla operación, que tenía prevista para el día 9. No hacía todavía un año, se había sometido a otra intervención quirúrgica con resultados excelentes. En los días preparatorios de la operación, atendió todavía a algunos salesianos misioneros, que, como sucede con frecuencia, se encontraban en nuestra comunidad de la Procura, descansando de viajes y resolviendo problemas. Fueron los últimos. Nicaragua, Congo y Malí, Brasil y Mozambique le hicieron recordar, con nostalgia, peligros y trabajos, alegrías y amistades, presencia y fuerza del Espíritu en su vida misionera. El resultado de la operación, según lo previsto, fue satisfactorio. Estaba acompañado por hermanos de la Comunidad y por dos sobrinos suyos, María Jesús y Miguel, que habían venido desde Zaragoza a compartir con nosotros atenciones e inquietudes.

María Jesús, enfermera, lo asistió con cariño y profesionalidad la primera noche. En las siguientes, hermanos de la Comunidad lo acompañaron afectuosamente. Todo transcurría dentro de la normalidad clínica, pero el día 14 D. Jesús se vio afectado por una inquietud y nerviosismo preocupantes, que se acrecentaron a lo largo del día 15, para terminar en un deceso inesperado a las 21.45 h. a causa de una embolia pulmonar. Acompañaban a D. Jesús en aquel momento, con estupor e impotencia, algunos hermanos de la Comunidad. Durante el día 16, muchos Salesianos y amigos se acercaron al Tanatorio Sur, para pedir al Señor de la vida por él y expresar, con su presencia fraterna, admiración y gratitud al misionero, que había entregado su vida por el Evangelio y por los hombres y mujeres de la India.

El día siguiente, de mañana, lo enterrábamos en Carabanchel, en el panteón de la Inspectoría de Madrid, al lado de D. Hiscio Morales, misionero, también él, en la India, y de D. Enrique Sáiz y diez salesianos más, mártires de Cristo, que “confesaron con su propia sangre, el año 1936, las maravillas y el nombre del Señor”. Para entonces, ya estábamos acompañados de los sobrinos de D. Jesús, María Jesús, Miguel, María Ángeles, José Miguel y Jesús, que, representando a su hermano José y a sus cuñadas, manifestaron con su presencia el cariño y la veneración con que toda la familia ha distinguido siempre a D. Jesús; de D. Luciano Odorico, Consejero General para las Misiones Salesianas, que presentó al Padre la oración confiada de todos los presentes: “Dueño de la vida y Señor de los que han muerto, acuérdate de nuestro hermano Jesús, sacerdote salesiano”; del Inspector de Madrid, D. Jesús Guerra, y de muchos Salesianos, Hijas de María Auxiliadora y Voluntarias de Don Bosco, de la Inspectoría de Madrid y de otras Inspectorías; del P. Edward Cappelletti, antiguo Procurador de Misiones en New Rochelle (Estados Unidos) y del P. Karl Oerder, Procurador en Alemania, amigos viejos de D. Jesús y colaboradores, los dos, en proyectos y esperanzas misioneras. Nos acompañaba también el personal de la Procura, integrado por un buen grupo de colaboradores generosos en el trabajo por las misiones, que, durante el proceso postoperatorio, le habían hecho llegar cordialmente al Hospital un centro de flores exóticas con un sencillo jeroglífico, firmado por todos, en el que le deseaban, con humor, su pronto restablecimiento.

Entre tantas amistades de D. Jesús, el vacío, imposible de llenar, de los primeros que tenían que haber participado en la oración funeraria, de los Salesianos, siempre recordados por él, de su Inspectoría de Calcuta, de los niños que le llamaban padre, de los hombres y mujeres que aprendieron a rezar con él el Padre nuestro; vacío tanto más sentido, cuanto más injusto, porque el P. Jim era ya tierra india por historia y voluntad. ¡Injusticias de la política, que truncaron los deseos del que había entregado su ser para la vida y la muerte a su gente india!

A los pies de la imagen de María Auxiliadora que preside el panteón, quedaron prendidas las notas de la última oración, ofrecida por él y todos los Salesianos que allí descansan, esperando el día glorioso de la Resurrección, “en las horas de la lucha sé mi consuelo y al dejar esta vida llévame al cielo; en cuerpo y alma me ofrezco a ti, Virgen Santísima, ruega por mí”. A continuación, concelebraron muchos sacerdotes el funeral por su eterno descanso, presidido por D. Luciano

Odorico y celebrado en la Parroquia “María Auxiliadora”, de Madrid-Atocha, que siempre tiene las puertas abiertas, para hacer memoria del amor de Dios a nuestros hermanos difuntos.

En los días siguientes al entierro, con más sosiego, la Comunidad ha recordado tantos detalles del día a día de este hermano, que ha recorrido con sencillez, sin presunción, un largo camino misionero. Ha vivido a nuestro lado un discreto silencio sobre su febril actividad apostólica en la India; ha mantenido en esta Procura su constante entrega a la actividad misionera, colaborando con los Salesianos de todo el mundo y aceptando, también, invitaciones constantes de conferencias en distintos foros para hablar de nuestras misiones; no le hemos oído lamentarse inútilmente de la injusta expulsión, a pesar de haberse desvivido por el pueblo indio durante medio siglo; hemos constatado la impresión de bondad, que han percibido las personas que le han tratado en estos años de Madrid; ha vivido aquí, como en sus años misioneros, el mismo desprendimiento de las cosas, de las personas y de sus trabajos apostólicos. Todo esto vivido con una sencillez y discreción evangélica, que ha impresionado a propios y extraños, pero que nos ha ocultado, con seguridad, al mismo tiempo, aspectos y testimonios de su vida humana y espiritual.

Ha hecho memoria, sobre todo, la Comunidad, de las últimas horas de su vida. D. Jesús intuyó, que estaba ya en la recta final. Se encontró con Cristo, pocos días antes, en el Sacramento de la gracia y la misericordia, como recuerda un hermano. Se puso en ese momento en las manos de Aquel, a quien había entregado su vida, orando humildemente con el poeta: “En tus manos estoy. Contigo vivo. Contigo muero, Dios. No soy cautivo del temblor, a las puertas de la muerte. Dame fuerza, Señor, para este salto donde asciende mi amor hasta lo alto y la tierra en el cielo se convierte”. Durante una semana, larga y monótona, de hospital, veloz y apresurada al mismo tiempo, llena ya de últimas horas y adioses inadvertidos, su recuerdo volvió a los primeros tiempos de su entrega vocacional y misionera y se ratificó en la oración de sus comienzos: “En tus manos estoy. Mi carne rota sigue diciendo: Amor, lo que tú quieras. Feliz te consagré mis primaveras. Feliz te doy la paz en mi derrota.” Al mismo tiempo, su despedida estaba asida con naturalidad a la confianza absoluta en el Dios cercano de sus milagros, en el Dios que había sido amigo y compañero de viaje en su largo camino misionero: “Este cariño de mi sangre brota de saberme prendido en tus hogueras. No es morir el morir, si Tú me esperas al final de esta dura bancarrota”.

No nos percatamos, o por ignorancia o porque no queríamos aceptarlo, pero la urgencia de la despedida se hizo en él cada vez más viva. Por eso, nos asaltó la sorpresa y el desconcierto, cuando confió a su cuñada, que, solícita, lo llamaba para interesarse por él: "Me estoy muriendo". Nos extrañó la despedida cariñosa a un hermano: "¡Cuánto te quiero, cuánto te quiero!". Nos admiró su llamada insistente a otro, que, después de haberse despedido, salía ya de la habitación, para estrecharle de nuevo su mano entre sus manos acogedoras, ofrecerle, sin palabras, una mirada cálida y dedicarle el último adiós con una sonrisa nostálgica. Y, ya en el adiós final, nos desconcertó la necesidad de tocar las manos de otro hermano de la Comunidad, de sentir su húmedo diálogo, de apoyarse en sus manos, buscando cariño y fortaleza: "No me sueltes. Apriétame la mano". De la mano del hermano, D. Jesús se encaminó al encuentro de Dios; de la mano del hermano, al abrazo enamorado del Padre. Es nuestra esperanza.

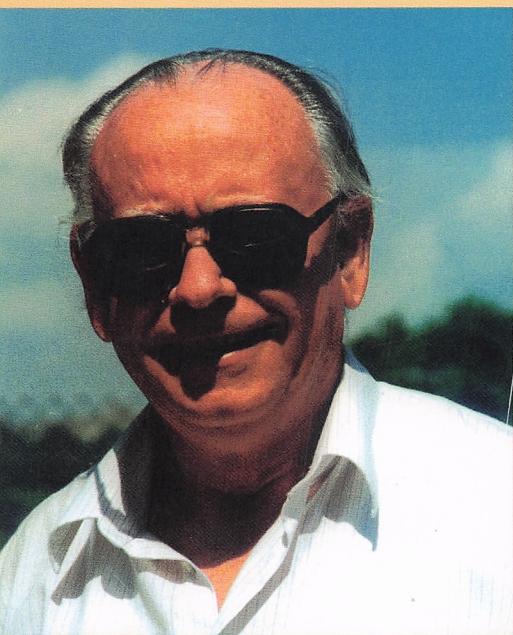
Vislumbramos en D. Jesús la obra de Dios

D. Jesús vivió 46 años en la India y 4 en España al servicio del Evangelio y de los hombres. Medio siglo de vida salesiana y entrega a la misión que le confió el Espíritu dan de sí para muchos recuerdos y muchas páginas, que quedarán, sin embargo, escritas para siempre sólo en la mente y en el corazón de Dios. Lejos del escenario de su vida, realizada en solitario tantas veces, y sin cronistas a su vera, esta carta solamente pretende ser un esbozo de líneas imprecisas, negro sobre blanco, sin la perspectiva larga ni el color encendido, que hubieran podido aportar las gentes que vivieron a su lado. Vislumbramos, a pesar de todo, en el testimonio de un hombre humilde e intrépido, la obra inmensa de Dios.

A todos los que nos habéis acompañado con vuestra presencia y oración,
gracias.

Blas Calejero, Director,
y la Comunidad de la Procura de Misiones

Madrid, Mayo de 2001.



Datos para el necrologio:

G Sacerdote,
JESÚS JIMÉNEZ SÁNCHEZ.
Nació en Layana (Zaragoza)
el 4 de Diciembre de 1931.

Murió en Madrid
el 15 de Enero de 2001
a los 69 años de edad,
51 de profesión
y 41 de sacerdocio.